
UNAB
Santiago

LA INVENCION DE LO COTIDIANO 1

El oficio de la Historia

Ed. IBEROAMERICANA
Mexico 1996

Cap.3

Valerse de: usos y practicas

Michel de Certeau

(35 a 48 pp.)

Este material bibliográfico solo tiene fines docentes

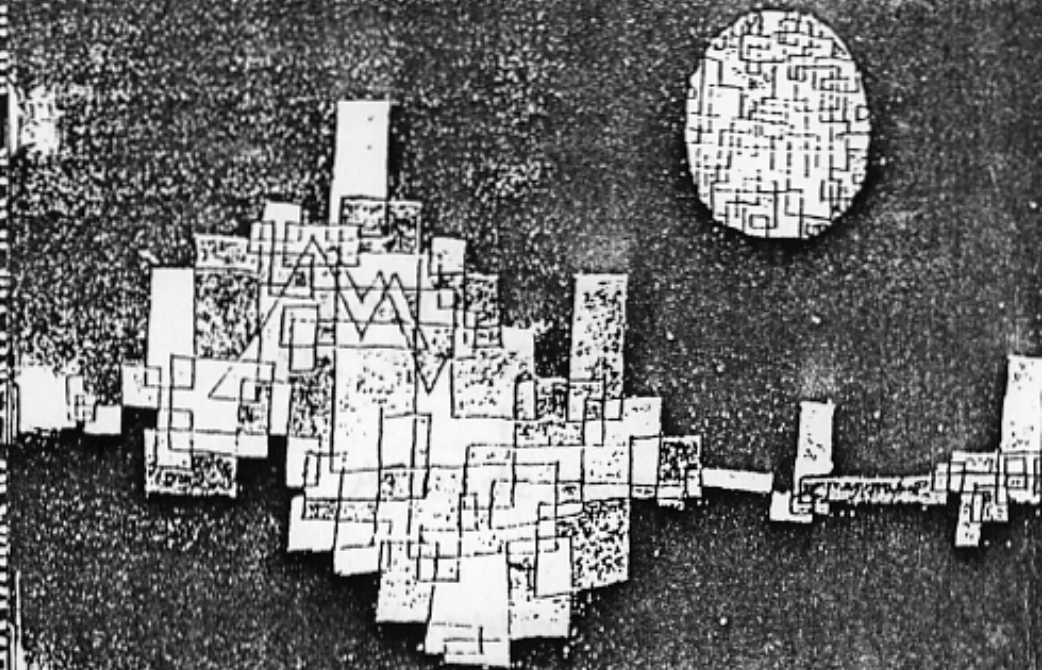
EL OFICIO DE LA HISTORIA

EL OFICIO DE LA HISTORIA

LA INVENCION DE LO COTIDIANO 1 ARTES DE HACER

La épica del siglo XX es, según de Certeau, la que realiza el hombre sin atributos. Basta con recordar dos grandes obras literarias de nuestro siglo: el *Ulises* de James Joyce y *El hombre sin atributos* de Robert Musil para comprobar lo que nos dice de Certeau. Las cualidades que de Certeau le atribuye a este personaje de la épica actual son: 1) el consumo que realiza es siempre activo y creativo, nunca se somete pasivamente a la forma del producto; 2) la habilidad en el uso de las artimañas para vencer al fuerte (la presencia anónima del poder); y 3) la sensibilidad para recrear redes de intersubjetividad paralelas a los grandes poderes. Debido a estas características que descubre en el hombre ordinario, su estudio de la vida cotidiana se enfrenta al desarrollado por Michel Foucault. Pues mientras este último nos presenta una subjetividad constituida por y desde el poder, de Certeau resulta la capacidad de resistencia constante del hombre común contra el poder.

LA INVENCION DE LO COTIDIANO - LA ARTES DE HACER - MICHEL DE CERTEAU



LA INVENCION DE LO COTIDIANO 1 ARTES DE HACER

MICHEL DE CERTEAU

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
CENTRO FRANCÉS DE ESTUDIOS MEXICANOS Y CENTROAMERICANOS



Capítulo III

Valerse de: usos y prácticas

Pese a las medidas tomadas para reprimirlo o esconderlo, el escamoteo (o sus equivalentes) se infiltra y gana. En sí mismo, no es sino un caso particular entre todas las prácticas que introducen jugarretas de *artistas* y competencias de *cómplices* en el sistema de la reproducción y del compartimento mediante el trabajo o el tiempo libre. Corre, corre, el fisgón: son las mil maneras de "valerse de".

Desde este punto de vista, la división ya no pasa entre el trabajo y las diversiones. Estas dos regiones de actividades se homogeneizan. Se repiten y se refuerzan una a la otra. En los lugares de trabajo, cunden las técnicas culturales que disfrazan la reproducción económica bajo cubiertas ficticias de sorpresa ("el acontecimiento"), de verdad ("la información") o de comunicación ("la animación"). Recíprocamente, la producción cultural ofrece un campo de expansión a las operaciones racionales que permiten administrar el trabajo al dividirlo (un análisis), al cuadrarlo (una síntesis) y al masificarlo (una generalización). Otra distinción se impone: la que distribuye los comportamientos según su *lugar* (de trabajo o de entretenimiento) y los califica entonces por el hecho de que estén ubicados en tal o cual escaque del tablero social, en la oficina, en el taller o en el cine. Hay diferencias de otro tipo. Se refieren éstas a las *modalidades* de la acción, a las *formalidades* de las prácticas. Atraviesan las fronteras entre los requerimientos del trabajo o del tiempo libre. Por ejemplo, el escamoteo se incorpora al sistema de la cadena industrial (es su contrapunto, en el mismo lugar), como una variante de la actividad que, fuera de la fábrica (en otro lugar), tiene la forma del trabajo artesanal o casero.

Aunque sean relativas a las posibilidades ofrecidas por las circunstancias, estas tácticas transversales no obedecen a la ley del lugar. No están definidas por el lugar. A este respecto, no son más localizables que las estrategias tecnocráticas (y escriturarias) que tienden a crear lugares conforme a modelos abstractos. Esto es lo que distingue a unas de otras: los tipos de operaciones en estos espacios que las estrategias son capaces de producir, cuadrricular e imponer, mientras que las tácticas pueden sólo utilizarlos, manipularlos y desviarlos.

Hace falta pues especificar esquemas de operaciones. Como en literatura uno diferencia los "estilos" o maneras de escribir, uno puede distinguir las "maneras de hacer", de caminar, de leer, de producir, de hablar, etcétera. Estos estilos de acción intervienen en un campo que los regula en un primer nivel (por ejemplo, el sistema de la fábrica), pero introducen una forma de sacar provecho de éste que obedece a otras reglas y que constituye como un segundo nivel imbricado en el primero (como el escamoteo). Asimilables a los modos de empleo, estas "maneras de hacer" crean un espacio de juego con una estratificación de funcionamiento diferentes e interferentes. De esta forma, las maneras de "habitar" (una casa o una lengua) propias a su Cabilia natal, el norafricano que vive en París o en Roubaix las insinúa en el sistema que le impone la construcción de una vivienda de interés social o en el sistema de la lengua francesa. Sobrepone esas maneras y, mediante esta combinación, se crea un espacio de juego para las maneras de utilizar el orden imperante en el lugar o respecto de la lengua. Sin salir del sitio donde le hace falta vivir y que le dicta una ley, instaura algo de la pluralidad y la creatividad. Gracias a un arte del intervalo, obtiene efectos imprevistos.

Estas operaciones de empleo —o, más bien, de un nuevo empleo— se multiplican con la extensión de los fenómenos de aculturación, es decir, con los desplazamientos que sustituyen las maneras o "métodos" de transitar por medio de la identificación con el lugar. Eso no impide que correspondan a un arte muy antiguo de "valerse de". Les doy el nombre de usos, si bien la palabra designa con más frecuencia los procedimientos estereotipados, recibidos y reproducidos por un grupo, sus "usos y costumbres". El problema se mantiene en la ambigüedad de la palabra, pues, en estos "usos", se trata precisamente de reconocer "acciones" (en el sentido militar del término) que tienen su formalidad y su inventividad propias y que organizan en sordina el trabajo de hormiga del consumo.

Después de los trabajos, muchos de ellos notables, que han analizado las "mercancías culturales", el sistema de su producción,¹ el mapa de su distribución y la repartición de los consumidores en este mapa,² parece posible considerar estas mercancías ya no sólo como datos a partir de los cuales establecer los cuadros estadísticos de su circulación o señalar los funcionamientos económicos de su difusión, sino como el repertorio con el cual los usuarios proceden a operaciones que les son propias. A partir de ese momento, estos hechos ya no son los datos de nuestros cálculos, sino el léxico de sus prácticas. Así, una vez analizadas las imágenes distribuidas por la televisión y el tiempo transcurrido en la inmovilidad frente al receptor, hay que preguntarse lo que el consumidor fabrica con estas imágenes durante estas horas. Los quinientos mil compradores de la revista *Information-santé*, los usuarios del supermercado, los practicantes del espacio urbano, los consumidores de relatos y leyendas periodísticos, ¿qué fabrican con lo que "absorben", reciben y pagan? ¿Qué hacen con esto?

Enigma del consumidor-esfinge. Sus fabricaciones se diseminan en la cuadrícula de la producción televisada, urbanística y comercial. Todavía son menos visibles cuando las redes del medio se hacen más estrechas, obedientes, totalitarias. Proteiformes entonces, o grises, desaparecen en las organizaciones colonizadoras cuyos productos ya no dejan el sitio en el cual los consumidores pudiesen identificar su actividad. El niño garrapatea todavía y mancha su libro escolar; aun cuando sea castigado por este crimen, se hace un espacio, firma su existencia como autor. El televidente ya no escribe nada sobre la pantalla del receptor. Resulta despojado del producto, excluido de la manifestación. Pierde sus derechos de autor, para volverse, pareciera, un mero receptor, el espejo de un actor multiforme y narcisista. En última instancia, sería la imagen de los aparatos que ya no tienen necesidad de él para producirse: la reproducción de una "máquina célibe".³

En realidad, a una producción racionalizada, expansionista, centralizada, espectacular y ruidosa, hace frente una producción de tipo to-

¹ Ver en particular A. Huet et al., *La Marchandise culturelle*, París, CNRS, 1977, que no se contenta con analizar productos (la foto, el disco, las ilustraciones), sino un sistema de repetición mercantil y de reproducción ideológica.

² Ver por ejemplo *Pratiques culturelles des Français*, 2 t., París, Secrétariat d'Etat à la Culture, Service des études et recherches, 1974. Hito fundamental y pionero, aunque poco estadístico y limitado al arte de masas, el estudio de Alvin Toffler, *The Culture Consumers*, Baltimore, Penguin, 1965.

³ Sobre el tema premonitorio de la "máquina célibe" en el arte (Marcel Duchamp, etc.) o la literatura (de Julio Verne a Raymond Roussel) de principios de siglo, ver Jean Clair et al., *Junggesellen Maschinen. Les Machines célibataires*, Venecia, Alfieri, 1975.

talmente diferente, calificada de "consumo", que tiene como características sus ardidés, su desmoronamiento al capricho de las ocasiones, sus cacerías furtivas, su clandestinidad, su murmullo incansable, en suma una especie de invisibilidad pues no se distingue casi nada por productos propios (¿dónde tendría su lugar?), sino por el arte de utilizar los que le son impuestos.

Desde hace mucho tiempo, se han estudiado en otras sociedades las inversiones discretas y sin embargo fundamentales provocadas por el consumo. De esta forma, el éxito espectacular de la colonización española con las etnias indias se ha visto desviado por el uso que se hacía de ella: sumisos, incluso aquiescentes, a menudo estos indios utilizaban las leyes, las prácticas o las representaciones que les eran impuestas por la fuerza o por la seducción con fines diversos a los buscados por los conquistadores; hacían algo diferente con ellas; las subvertían desde dentro; no al rechazarlas o al transformarlas (eso también acontecía), sino mediante cien maneras de emplearlas al servicio de reglas, costumbres o convicciones ajenas a la colonización de la que no podían huir.⁴ Metaforizaban el orden dominante: lo hacían funcionar en otro registro. Permanecían diferentes, en el interior del sistema que asimilaban y que los asimilaba exteriormente. Lo desviaron sin abandonarlo. Los procedimientos de consumo mantenían su diferencia en el espacio mismo que organizaba el ocupante.

¿Ejemplo extremo? No, aun si la resistencia india tenía como fundamento una memoria tatuada por la opresión, un pasado inscrito en el cuerpo.⁵ En un menor grado, el mismo proceso se encuentra en el uso que los medios "populares" hacen de las culturas difundidas por las "élites" productoras de lenguaje. Los conocimientos y los simbolismos impuestos son objeto de manipulaciones por parte de los practicantes que no son sus fabricantes. El lenguaje producido por una categoría social dispone del poder para extender sus conquistas hacia las vastas regiones de su medio ambiente, "desiertos" donde parece no haber nada tan articulado, pero cae en las trampas de su asimilación a causa de un berenjenal de procedimientos que sus victorias mismas vuelven invisibles al ocupante. Por espectacular que sea, su privilegio corre el riesgo de sólo ser aparente, si solamente sirve de marco a las prácticas testarudas, astutas, cotidianas que lo utilizan. Eso que se llama "vulgarización" o "degradación" de una cultura sería entonces un aspecto, caricaturizado y

⁴ Ver por ejemplo, a propósito de los aimaras del Perú y de Bolivia, J.E. Monast, *On les croyait chrétiens: les Aymaras*, París, Cerf, 1969.

⁵ Ver Michel de Certeau, *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, ed. establ. y presentada por Luce Giard, tr. de Alejandro Pescador, México, UIA-Departamento de Historia/ITESO, 1995 (Serie Historia y Gráfica, 2) cap. 8, pp. 123-34.

parcial, del desquite que las tácticas utilitarias cobran sobre el poder dominante de la producción. De todos modos, el consumidor no sabría identificarse o calificarse conforme a los productos periodísticos o comerciales que asimila: entre él (que se sirve de ellos) y estos productos (signos del "orden" que se le impone), hay una distancia más o menos grande del uso que hace de ellos.

El uso debe pues analizarse en sí mismo. Los modelos no faltan, sobre todo en lo que concierne a la lengua, terreno privilegiado por la identificación de las formalidades propias de estas prácticas. Gilbert Ryle, representante de la distinción saussuriana entre la "lengua" (un sistema) y el "habla" (un acto), comparaba la primera con un *capital* y la segunda con las *operaciones* que éste permite: de un lado, una provisión; del otro, negocios y usos.⁶ En el caso del consumo, uno podría casi decir que la producción proporciona el capital y que los usuarios, como inquilinos, adquieren el derecho de efectuar operaciones sobre este fondo sin ser los propietarios. Pero la comparación vale solamente para la relación entre un conocimiento de la lengua y unos "actos de habla" (*speech acts*). Por esta sola razón, se cuenta ya con una serie de cuestiones y de categorías que han permitido, sobre todo desde Bar-Hillel, abrir en el estudio del lenguaje (*semiosis* o *semiotic*) una sección particular (llamada *pragmatics*) consagrada al uso o a las *indexical expressions*, es decir, "a las palabras y a las frases cuya referencia no puede determinarse sin conocer el contexto del uso".⁷

Antes de volver ulteriormente sobre estas investigaciones que aclaran toda una región de las prácticas cotidianas (el uso de la lengua), basta con hacer notar que tales investigaciones se apoyan en una problemática de la enunciación.⁸ Los "contextos de uso" (*contexts of use*), al plantear el acto en su relación con las circunstancias, remiten a las características que especifican el acto de decir (o práctica de la lengua) y son sus efectos. De estas características, la enunciación provee un modelo, pero van a encontrarse en la relación que otras prácticas (caminar, habitar, etcétera) mantienen con sistemas no lingüísticos. La enunciación supone

⁶ G. Ryle, "Use, Usage and Meaning", en G.H.R. Parkinson (ed.), *The Theory of Meaning*, Oxford, Oxford University Press, 1968, pp. 109-16. Una gran parte del volumen está consagrada al uso.

⁷ Richard Montague, "Pragmatics", en Raymond Klibansky (ed.), *La Philosophie contemporaine*, t. 1, Florencia, La Nuova Italia, 1968, pp. 102-22. Bar-Hillel retoma así un término de C.S. Peirce, que tiene como equivalentes en Russell los "egocentric particulars", en Reichenbach las "token-reflexive expressions", en Goodman las "indicator words", en Quine las "non eternal sentences", etc. Toda una tradición se inscribe en esta perspectiva. Wittgenstein también las recupera, él, que tenía como lema buscar no el sentido sino el uso ("Don't ask for the meaning, ask for the use"), al referirse, por otra parte, al uso normal, regulado por la institución que es el lenguaje.

⁸ Ver más arriba "L'énonciation proverbiale", p. 23.

en efecto: 1) una *efectuación* del sistema lingüístico por medio de un decir que actualiza sus posibilidades (la lengua sólo es real en el acto del habla); 2) una *apropiación* de la lengua por parte del locutor que la habla; 3) la implantación de un interlocutor (real o ficticio), y por tanto la constitución de un *contrato* relacional o de una alocución (se habla a alguien); 4) la instauración de un *presente* mediante el acto del "yo" que habla y, conjuntamente, pues "el presente es propiamente la fuente del tiempo", la organización de una temporalidad (el presente crea un antes y un después también) y la existencia de un "ahora" que es presencia en el mundo.⁹

Estos elementos (realizar, apropiarse, inscribirse dentro de relaciones, situarse en el tiempo) hacen de la enunciación, y secundariamente del uso, un nudo de circunstancias, una nudosidad inseparable del "contexto" del cual, de manera abstracta, se la distingue. Indisociable del *instante* presente, de circunstancias *particulares* y de un *hacer* (producir a partir de la lengua y modificar la dinámica de una relación), el acto de decir es un uso de la lengua y una operación sobre ella. Se puede intentar aplicar su modelo a muchas operaciones no lingüísticas, al considerar como hipótesis que todos estos usos competen al consumo.

Todavía hace falta precisar la naturaleza de estas operaciones por medio de otro sesgo, ya no a título de la relación que mantienen con un sistema o un orden, sino en la medida en que unas *relaciones de fuerzas* definen las redes donde se inscriben y delimitan las circunstancias de las que pueden sacar provecho. Por eso, de una referencia lingüística hay que pasar a una referencia polemológica. Se trata de combates o de juegos entre el fuerte y el débil, y de estas "acciones" que son posibles para el débil.

Estrategias y tácticas

Productores desconocidos, poetas de sus asuntos, inventores de senderos en las junglas de la racionalidad funcionalista, los consumidores producen algo que tiene la forma de "trayectorias" de las que habla Deligny.¹⁰ Trazan "trayectorias indeterminadas",¹¹ aparentemente insensatas porque no son coherentes respecto al espacio construido, escrito y prefabricado en el que se desplazan. Se trata de frases imprevisibles en un lugar ordenado por las técnicas organizadoras de sistemas. Pese a tener como

⁹ Ver Emile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, t. 2, Paris, Gallimard, 1974, pp. 79-88.

¹⁰ Fernand Deligny, *Les Vagabonds efficaces*, Paris, Maspéro, 1970, define con esta palabra los recorridos de los jóvenes autistas junto con los cuales vive, escrituras a través de los bosques, vagabundeos de quienes ya no pueden trazar un camino en el espacio de la lengua.

¹¹ Ver más abajo "Indeterminadas", p. 219.

material los *vocabularios* de las lenguas recibidas (el de la televisión, el del periódico, el del supermercado o el de las disposiciones urbanísticas), pese a permanecer encuadrados por *sintaxis* prescritas (modos temporales de horarios, organizaciones paradigmáticas de lugares, etcétera), estos "atajos" siguen siendo heterogéneos para los sistemas donde se infiltran y donde bosquejan las astutias de intereses y de deseos *diferentes*. Circulan, van y vienen, se desbordan y derivan en un relieve impuesto, como olas espumosas de un mar que se insinúa entre los riscos y los laberintos de un orden construido.

De esta agua regulada en principio por las cuadrículas institucionales que de hecho erosiona poco a poco y también desplaza, las estadísticas no saben casi nada. No se trata, en efecto, de un líquido, que circula en los dispositivos de lo sólido, sino de *movimientos* diferentes, que utilizan los elementos del terreno. Ahora bien, las estadísticas se limitan a clasificar, calcular y poner en cuadros estos elementos —unidades "léxicas", palabras publicitarias, imágenes televisadas, productos manufacturados, lugares construidos, etcétera— y lo hacen con categorías y según taxonomías conforme a las de la producción industrial o administrativa. Así sólo aprovechan el material utilizado en las prácticas de consumo —un material que es evidentemente el que la producción impone a todos—, y no la *formalidad* propia de estas prácticas, su "movimiento" subrepticio y astuto, es decir, la actividad misma de "valerse de". La fuerza de estos cálculos se debe a la capacidad de dividir, pero esta capacidad analítica suprime la posibilidad de representar trayectorias tácticas que, según criterios propios, seleccionan fragmentos tomados de los vastos conjuntos de la producción para componer con ellos historias originales.

Se cuenta lo que es utilizado, no las *maneras* de utilizarlo. Paradójicamente, éstas se vuelven invisibles en el universo de la codificación y de la transparencia generalizadas. De estas aguas que se insinúan por todas partes sólo son perceptibles los efectos (la cantidad y la localización de los productos consumidos). Circulan sin ser vistas, reconocibles solamente en los objetos que desplazan y hacen desaparecer. Las prácticas del consumo son los fantasmas de la sociedad que lleva su nombre. Como los "espíritus" de antaño, constituyen el principio multiforme y oculto de la actividad productora.

Para dar cuenta de estas prácticas, hebe de recurrir a la categoría de "trayectoria".¹² Debía evocar ésta un movimiento temporal en el espacio, es decir, la unidad de una *sucesión* diacrónica de puntos recorridos, y no la *figura* que estos puntos forman en un lugar supuestamente sincrónico o acrónico. En realidad, esta "representación" resulta insuficiente, ya que precisamente la trayectoria se dibuja, y el tiempo o el movimiento

¹² *Ibid.*

se encuentra así reducido a una línea susceptible de ser totalizada por el ojo, legible en un instante: se proyecta sobre un plano el recorrido de un caminante en la ciudad. Por útil que sea esta "colocación en un plano", metamorfosea la articulación *temporal* de lugares en una continuidad *espacial* de puntos. Un gráfico se coloca en el sitio de una operación. Un signo reversible (se lee en los dos sentidos, una vez proyectado sobre el mapa) se sustituye a una práctica indisociable de momentos particulares y de "ocasiones", y es entonces irreversible (el tiempo no se repone, ni se regresa a las oportunidades perdidas). Es pues una huella *en lugar* de los actos, una reliquia en lugar de las acciones: es sólo su desecho, el signo de su desaparición. Esta proyección postula que es posible tomar uno (lo descrito) por otro (las operaciones basadas en las ocasiones). Es un "equivoco" (uno en lugar del otro), típico de las reducciones que debe efectuar, para ser eficaz, una gestión funcionalista del espacio. Hay que recurrir pues a otro modelo.

Una distinción entre *estrategias* y *tácticas* parece presentar un esquema inicial más adecuado. Llamo *estrategia* al cálculo (o a la manipulación) de las relaciones de fuerzas que se hace posible desde que un sujeto de voluntad y de poder (una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica) resulta aislable. La estrategia postula *un lugar* susceptible de ser circunscrito como *algo propio* y de ser la base donde administrar las relaciones con *una exterioridad* de metas o de amenazas (los clientes o los competidores, los enemigos, el campo alrededor de la ciudad, los objetivos y los objetos de la investigación, etcétera) Como en la administración gerencial, toda racionalización "estratégica" se ocupa primero de distinguir en un "medio ambiente" lo que es "propio", es decir, el lugar del poder y de la voluntad propios. Acción cartesiana, si se quiere: circunscribir lo propio en un mundo hechizado por los poderes invisibles del Otro. Acción de la modernidad científica, política o militar.

La instauración de una cesura entre un lugar propio y el ajeno va acompañada de efectos considerables, algunos de los cuales se deben mencionar de inmediato:

1. Lo "propio" constituye *una victoria del lugar sobre el tiempo*. Permite capitalizar las ventajas adquiridas, preparar las expansiones futuras y darse así una independencia con relación a la variabilidad de circunstancias. Es un dominio del tiempo por medio de la fundación de un lugar autónomo.

2. Es también un dominio de los lugares mediante la vista. La partición del espacio permite *una práctica panóptica* a partir de un lugar desde donde la mirada transforma las fuerzas extrañas en objetos que se pueden observar y medir, controlar por tanto e "incluir" en su visión.¹³

¹³ "No hay más estrategias que la de incluir la estrategia del otro", para John von Neumann

Ver (de lejos) será también prever, adelantar el tiempo mediante la lectura de un espacio.

3. Sería legítimo definir *el poder del conocimiento* por medio de esta capacidad de transformar las incertidumbres de la historia en espacios legibles. Pero es más exacto reconocer en estas "estrategias" un tipo específico de conocimiento, el que sustenta y determina el poder de darse un lugar propio. Además, las estrategias militares o científicas siempre se han iniciado gracias a la constitución de campos "propios" (ciudades autónomas, instituciones "neutras" o "independientes", laboratorios de investigaciones "desinteresadas", etcétera). Dicho de otra forma, *un poder es la condición previa del conocimiento*, y no sólo su efecto o su atributo. Permite e impone sus características. Ahí se produce.

En relación con las estrategias (cuyas figuras sucesivas desplazan este esquema demasiado formal y del cual el vínculo con una configuración histórica particular de la racionalidad estaría por precisarse), llamo *táctica* a la acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio. Por tanto ninguna delimitación de la exterioridad le proporciona una condición de autonomía. La táctica no tiene más lugar que el del otro. Además, debe actuar con el terreno que le impone y organiza la ley de una fuerza extraña. No tiene el medio de *mantenerse* en sí misma, a distancia, en una posición de retirada, de previsión y de recogimiento de sí: es movimiento "en el interior del campo de visión del enemigo", como decía Von Bülow,¹⁴ y está dentro del espacio controlado por éste. No cuenta pues con la posibilidad de darse un proyecto global ni de totalizar al adversario en un espacio distinto, visible y capaz de hacerse objetivo. Obra poco a poco. Aprovecha las "ocasiones" y depende de ellas, sin base donde acumular los beneficios, aumentar lo propio y prever las salidas. No guarda lo que gana. Este no lugar le permite, sin duda, la movilidad, pero con una docilidad respecto a los azares del tiempo, para tomar al vuelo las posibilidades que ofrece el instante. Necesita utilizar, vigilante, las fallas que las coyunturas particulares abren en la vigilancia del poder propietario. Caza furtivamente. Crea sorpresas. Le resulta posible estar allí donde no se le espera. Es astuta.

En suma, la táctica es un arte del débil. Clausewitz lo comentaba a propósito de la astucia, en su tratado *Sobre la guerra*. Mientras más crece una potencia, menos puede permitirse movilizar una parte de sus medios para producir efectos de trapacería: es, en efecto, peligroso emplear efectivos considerables para aparentar, cuando este género de "demos-

y Oskar Morgenstern, *Theory of Games and Economic Behavior*, 3a. ed., Nueva York, John Wiley, 1964.

¹⁴ "La estrategia es la ciencia de los movimientos guerreros fuera del campo de visión del enemigo; la táctica, en el interior de éste" (Von Bülow).

tracción" resulta generalmente vano y cuando "lo serio de la amarga necesidad hace tan urgente la acción directa que no deja sitio para este juego". Se distribuyen sus fuerzas, no se las arriesga a simular. La potencia está comprometida por su visibilidad. En contraste, la astucia es posible al débil, y a menudo ella sola, como un "último recurso": "Mientras más débiles son las fuerzas sometidas a la dirección estratégica, más capaz será ésta de astucias".¹⁵ Traduzco: más se transforma en táctica.

Clausewitz compara igualmente la astucia o ardid con el chiste: "Así como el chiste es una prestidigitación relativa a ideas y concepciones, la astucia es una prestidigitación relativa a unos actos".¹⁶ Es sugerir el modo con el cual la táctica, prestidigitación en efecto, se introduce por sorpresa dentro de un orden. El arte de "dar buenas pasadas" es el sentido de la ocasión. Mediante procedimientos que precisa a propósito del chiste,¹⁷ Freud combina elementos audazmente cercanos para insinuar el rasgo de otra cosa en el lenguaje de un lugar y para impresionar al destinatario. Rayas, brillos, cascaduras y hallazgos en la cuadrícula de un sistema, las maneras de hacer de los consumidores son los equivalentes prácticos de los chistes.

Sin lugar propio, sin visión globalizadora, ciega y perspicaz como sucede en el cuerpo a cuerpo sin distancia, gobernada por los azares del tiempo, la táctica se encuentra determinada por la ausencia de poder, como la estrategia se encuentra organizada por el principio de un poder. Desde este punto de vista, su dialéctica podrá ilustrarse con el antiguo arte de los sofistas. Autor de un gran sistema "estratégico", Aristóteles se interesaba mucho en los procedimientos de este enemigo que pervertía, pensaba él, el orden de la verdad. De este adversario proteiforme, rápido, sorprendente, cita una fórmula que, al precisar el resorte de los sofismas, puede finalmente definir la táctica tal como la entiendo aquí: se trata, decía Córax, de "convertir la posición más débil en la más fuerte".¹⁸ En su estrechamiento paradójico, esta palabra corta la relación de fuerzas

¹⁵ Karl von Clausewitz, *De la guerre*, París, Minuit, 1955, pp. 212-3. Este análisis se encuentra por otra parte en muchos otros teóricos, desde Maquiavelo. Ver Y. Delahaye, "Simulation et dissimulation", en *La Ruse (Cause commune)*, 1977/1, París, UGE (10-18), pp. 55-74.

¹⁶ Clausewitz, *op. cit.*, p. 212.

¹⁷ Sigmund Freud, *Le Mot d'esprit et ses rapports avec l'inconscient*, París, Gallimard (Idées), 1969.

¹⁸ Aristóteles, *Rhétorique*, II, 24, 1402a: "hacer del más débil de los dos argumentos el más fuerte" (trad. M. Dufour, t. 2, París, Les Belles Lettres (Budé), 1967, p. 131). El mismo "hallazgo" se atribuye a Tisias por parte de Platón, *Phèdre*, 273b-c (Platón, *Oeuvres complètes*, t. 2, París, Gallimard, l'Éliade, 1950, pp. 72-3). Ver también W.K.C. Guthrie, *The Sophists*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971, pp. 178-9. Sobre la *technè* de Córax, mencionada por Aristóteles a propósito de los "lugares de los entimemas manifiestos", ver C. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, *Traité de l'argumentation*, Bruselas, Université libre, 1970, pp. 607-9.

que está en el principio de una creatividad intelectual tan tenaz como sutil, inalcanzable, en espera de todas las ocasiones, diseminada en los terrenos del orden dominante, ajena a las reglas que se da e impone la racionalidad basada en el derecho adquirido de un lugar propio.

Las estrategias son pues acciones que, gracias al principio de un lugar de poder (la propiedad de un lugar propio), elaboran lugares teóricos (sistemas y discursos totalizadores) capaces de articular un conjunto de lugares físicos donde se reparten las fuerzas. Las estrategias combinan estos tres tipos de lugares, y tienden a dominar a unos con otros. Privilegian pues las relaciones de lugares. Al menos se esfuerzan por restaurar las relaciones temporales mediante la atribución analítica de un sitio propio para cada elemento particular y mediante la organización combinatoria de movimientos específicos de unidades o de conjuntos de unidades. El modelo fue militar, antes de ser "científico". Las tácticas son procedimientos que valen por la pertinencia que dan al tiempo: en las circunstancias que el instante preciso de una intervención transforma en situación favorable, en la rapidez de movimientos que cambian la organización del espacio, en las relaciones entre momentos sucesivos de una "jugarreta", en los cruzamientos posibles de duraciones y de ritmos heterogéneos, etcétera. A este respecto, la diferencia entre unos y otros remite a dos opciones históricas en materia de acción y de seguridad (opciones que responden más a presiones que a posibilidades): las estrategias ponen sus esperanzas en la resistencia que el establecimiento de un lugar ofrece al deterioro del tiempo; las tácticas ponen sus esperanzas en una hábil utilización del tiempo, en las ocasiones que presenta y también en las sacudidas que introduce en los cimientos de un poder. Aun cuando los métodos puestos en práctica por el arte de la guerra cotidiana jamás se presentan bajo una forma tan marcada, esto quiere decir, no obstante, que las apuestas sobre el lugar o sobre el tiempo distinguen las maneras de actuar.

Retóricas de las prácticas, astucias milenarias

Diversas referencias teóricas permitirán caracterizar mejor las tácticas o la polemología del "débil". Es el caso, en particular, de las "figuras" y "giros" que analiza la retórica. Freud, además, ya las ha señalado y utilizado en sus estudios sobre el chiste y sobre las formas que toman, en el campo de un orden, los regresos del eliminado: economía y condensaciones verbales, doble sentido y contrasentido, traslados y aliteraciones, empleos múltiples del mismo material, etcétera.¹⁹ Nada sorprendente hay en estas homologías entre los ardidés prácticos y los movimientos

¹⁹ Freud, *Le Mot d'esprit*, pp. 19-173, sobre las técnicas del chiste.

retóricos. Con relación a las legalidades de la sintaxis y del sentido "propio", es decir, con relación a la definición general de un lugar "propio" distinto del que no lo es, los buenos y los malos giros de la retórica se mueven sobre el terreno que así se ha puesto aparte. Son manipulaciones de la lengua relativas a ocasiones y destinadas a seducir, captar o cambiar la posición lingüística del destinatario.²⁰ Cuando la gramática vigila la "propiedad" de los términos, las alteraciones retóricas (desviaciones metafóricas, condensaciones elípticas, miniaturizaciones metonímicas, etcétera) señalan la utilización de la lengua por parte de los locutores en las situaciones particulares de combates lingüísticos rituales o efectivos. Son signos de consumo y de juegos de fuerzas. Competen a una problemática de la enunciación. Además, aunque (o porque) están excluidas en principio del discurso científico, estas "maneras de hablar" proporcionan al análisis de las "maneras de hacer" un repertorio de modelos e hipótesis. Considerándolo todo, sólo son sus variantes, en una semiótica general de las tácticas. Evidentemente, para elaborar esta semiótica, habría que recorrer artes de pensar y de actuar diferentes a las que funda la articulación de una razón sobre la delimitación de un lugar propio: desde los sesenta y cuatro hexagramas incluidos en el *I Ching* chino²¹ o desde la *mêtis* griega²² hasta la *hila* árabe,²³ se manifiestan otras "lógicas".

Mi intención no apunta directamente a la constitución de una semiótica. Consiste en sugerir algunas maneras de pensar las prácticas cotidianas de los consumidores, al suponer de entrada que son de tipo táctico. Habitar, circular, hablar, leer, caminar o cocinar, todas estas actividades parecen corresponder a las características de astucias y sorpresas tácticas: buenas pasadas del "débil" en el orden construido por el "fuerte", arte de hacer jugadas en el campo del otro, astucia de cazadores, capacidades maniobreras y polimorfismo, hallazgos jubilosos, poéticos y guerreros.

Tal vez respondan a un arte sin edad, que no sólo ha atravesado las instituciones de los órdenes sociopolíticos sucesivos, sino que se eleva más alto que nuestras historias y una extrañas solidaridades sin llegar a las fronteras de la humanidad. Estas prácticas presentan, en efecto, curiosas analogías, y como inteligencias inmemoriales, con las simulaciones,

²⁰ Ver S. Toulmin, *The Uses of Argument*, Cambridge, Cambridge University Press, 1958; C. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, *op. cit.*; Jean Dubois et al., *Rhétorique générale*, Paris, Larousse, 1970; etc.

²¹ Ver *I-Ching* (Chou-I), *El libro de las mutaciones que representa mediante 64 hexagramas* (formados por seis líneas interrumpidas o completas) todas las situaciones posibles de los seres en el curso de las mutaciones del universo.

²² Marcel Detienne y Jean-Pierre Vernant, *Les Ruses de l'intelligence. La mêtis des Grecs*, Paris, Flammarion, 1974.

²³ Ver Maxime Rodinson, *Islam et Capitalisme*, Paris, Seuil, 1972.

las jugarretas y las pasadas que ciertos peces o ciertas plantas hacen con una virtuosidad prodigiosa. Los procedimientos de este arte se encuentran en las lejanías de los seres vivientes, como si rebasaran no sólo los tajos estratégicos de las instituciones históricas, sino también el corte instaurado por la institución misma de la conciencia. Aseguran continuidades formales y la permanencia de una memoria sin lenguaje, desde el fondo de los océanos hasta las calles de nuestras megalópolis.

En todo caso, en la escala de la historia contemporánea, parece también que la generalización y la expansión de la racionalidad tecnológica han creado, entre las mallas del sistema, un desmoronamiento y una pululación de estas prácticas anteriormente reguladas por unidades locales estables. Cada vez más, las tácticas se desorbitan. Apartadas de las comunidades tradicionales que circunscriben su funcionamiento, se ponen a vagar por todas partes en un espacio que se homogeneiza y se extiende. Los consumidores se transforman en inmigrantes. El sistema en el que circulan resulta demasiado vasto para fijarlos en alguna parte, pero demasiado cuadrículado para que pudieran escapársele y exiliarse en otra parte. Ya no hay ninguna otra parte. Debido a esto, el modelo "estratégico" cambia él también, como si estuviera perdido en su éxito: descansa en la definición de un lugar "propio" distinto del resto; se convierte en el todo. Podría ser que, poco a poco, agotara sus capacidades transformadoras para constituir solamente el espacio (tan totalitario como el cosmos de antaño) donde se activaría una sociedad de tipo cibernético, entregada a los movimientos brownianos de tácticas invisibles e innumerables. Habría una proliferación de manipulaciones aleatorias e incontralables, en el interior de una inmensa cuadrícula de coacciones y de certezas socioeconómicas: miríadas de movimientos cuasi invisibles, que andan sobre la textura cada vez más fina de un lugar homogéneo, continuo y propio de todos. ¿Ya es el presente o acaso el futuro de la gran ciudad?

Si se deja de lado la arqueología muchas veces milenaria de los ardidés lo mismo que la posibilidad de su porvenir de hormigas, el estudio de algunas tácticas cotidianas presentes no debe sin embargo perder de vista el horizonte de donde vienen ni, en el otro extremo, el horizonte al cual son susceptibles de ir. La evocación de estos lejanos pasados o futuros permite al menos resistir los efectos del análisis, fundamental pero a menudo exclusivo y obsesivo, que se ocupa de describir las instituciones y los mecanismos de la represión. No sorprende el privilegio que guarda la problemática de la represión en el campo de los investigadores: las instituciones científicas pertenecen al sistema del cual ellas llevan a cabo el estudio; al examinarlo, se limitan al bien conocido género de la historia de la familia (una ideología crítica nada cambia en su funcionamiento, al crear la crítica la apariencia de una distancia en el interior de la pertenencia); hasta agregan el encanto inquietante de los diablos o de los fantas-

mas cuyos relatos se cuentan en la casa por la tarde. Pero esta dilucidación del aparato por sí mismo tiene como inconveniente *no ver* las prácticas que le resultan heterogéneas y que reprime o cree reprimir. Sin embargo, éstas tienen *también* todas las posibilidades de sobrevivir a este aparato y, en todo caso, *también* forman parte de la vida social, ya que de tan resistentes son más flexibles y se ajustan perpetuamente a los cambios. Al escudriñar esta realidad huidiza y permanente, uno tiene la impresión de explorar la noche de las sociedades, una noche más prolongada que sus días, cubierta oscura donde se perfilan instituciones sucesivas, inmensidad marítima donde los sistemas socioeconómicos y políticos hacen el papel de insularidades efímeras.

El paisaje imaginario de una investigación no deja de tener valor, aun si carece de rigor. Restaura lo que se indicaba no hace mucho bajo el título de "cultura popular", pero para transformar en una infinidad móvil de tácticas lo que se representaba como una fuerza que semeja una matriz de la historia. Mantiene presente pues la estructura de lo imaginario de una sociedad a partir de la cual la cuestión no cesa de tomar formas diferentes y de volver a plantearla. Está predispuesto igualmente contra los efectos de un análisis que, necesariamente, sólo toma estas prácticas sobre los bordes de un aparato técnico, allí donde aquéllas alteran o descarrilan sus instrumentos. Además, es el estudio mismo el que resulta marginal en relación con los fenómenos estudiados. El paisaje que escenifica estos fenómenos de un modo imaginario tiene pues valor rectificativo y terapéutico global contra su reducción por medio de un examen lateral. Asegura al menos su presencia a título de aparecidos. Esta vuelta sobre otra escena recuerda también la relación que la experiencia de estas prácticas mantiene con lo que expone de ellas un análisis. Es el testigo, sólo fantástico pero no científico, de la desproporción entre las tácticas cotidianas y una dilucidación estratégica. Acerca de lo que cada quien hace, ¿qué es lo que se escribe? Entre las dos, la imagen, fantasma del cuerpo perito y mudo, preserva la diferencia.